

## La lluvia de algodón

Los sueños. ¿Qué son los sueños? Hay muchos tipos de sueños: alegres, terroríficos, increíbles..... son imposibles de definir. Lo habitual es que por la noche, en mi mente, reine el miedo sobre todo lo demás, y jamás me parece ni me parecería satisfactorio. Pero esta vez, ocurrió algo completamente distinto. Y por eso os los quiero contar.....

Todo empezó pensando. Sí, pensando. Sin embargo, no era un pensamiento normal y corriente, si no, no tendría ninguna gracia. Se podría decir que era más bien una ilusión, una ilusión tan profunda que me llevó al sueño.

En él me veía a mí misma, pero no con la misma cara. Por alguna inexplicable razón estaba sonriendo. Lo más curioso sobre mí es, que nunca sonrío, nunca. Se debe a que nunca le veo el motivo a enseñar alegría en mi cara, así que, ¿para qué molestarme? Iba caminando por una ciudad, que aunque realmente no lo supiera, algo me decía que esa ciudad la había construido yo. ¿Cómo? Con la imaginación. Esa ciudad no era normal y corriente. Estaba hecha de papel. Sé que no aguantarían mucho peso los edificios si estaban hechos de papel, pero eso no me importaba ni lo más mínimo en ese momento. Estaba ocupada admirando mi creación.

Una vez vi un libro llamado Ciudades de Papel en la biblioteca, y ahí se me quedó el título para siempre. Mi propia versión es que construir se debería hacer con la imaginación en vez de con ladrillos u hormigón. A los diez años, tuve que realizar un proyecto para clase de la ciudad de mis sueños. Bueno, ya os podéis imaginar cómo lo hice. Mi profesor me suspendió porque según él, carecía de esfuerzo y creatividad. En otras palabras: que era muy simple y que lo había hecho en cinco minutos. ¿Pero qué sabrá él? Yo, por otro lado, estaba muy orgullosa de mi trabajo. Bien, pues esa ciudad que hice a los diez, había vuelto a mi mente dos años después.

Todo, absolutamente todo, estaba compuesto de papel, hasta los aviones. Siempre se me ha dado bien hacer aviones de papel. Yo era el único ser humano que formaba parte de la población de esa extraña ciudad. Sí, una vida solitaria.....

Recorrí la ciudad de arriba abajo, hasta sabérmela de memoria. Pero había un lugar que aún no había inspeccionado; el bosque. Ese bosque tampoco era normal (qué raro, ¿no?), estaba hecho de dulces. Vale, eso tengo que admitir que no fue idea mía. No le tengo tanto apego a los dulces como a mi adorada ciudad, pero aun así. Una vez, después de la cabalgata de reyes de hace unos cuantos años, mi mejor amiga Eva y yo teníamos tantas chuches y caramelos, que nos dio por hacer una especie de bosque con ellas. Se pudrió a los tres días, pero tiene un hueco significativo en mi corazón.

En este bosque, los árboles eran piruletas y los arbustos cupcakes. Era un sitio perfecto. No podía parar de reír al recuperar tantas memorias que parecían extinguidas desde hace tanto tiempo, pero que por alguna extraña razón recordaba en ese momento como si hubieran tenido lugar ayer mismo. Lo único que le faltaba a ese maravilloso paisaje era nieve. Sí, nieve. En Marbella nunca nieva, así que, básicamente, nunca he visto nevar, hasta ahora. Si se suponía que todo lo que contenía esta especie de mundo mágico, salía de mi mente, ¡yo lo podría controlar de alguna u otra forma!

Estaba a punto de desear para que nevara, hasta que, justo en ese mismo instante, noté que algo suave y blandito rozaba delicadamente mi frente. ¿Será nieve? Miré hacia arriba, con una llama de esperanza brillando en mí. Si habéis dado alguna vez en el colegio los estados sólidos, líquidos y gaseosos, sabréis que la nieve, en un momento

determinado, se derrite. Pues eso no pasó aquí, ¿por qué? Porque lo que caía del cielo no era nieve, sino algodón.

La lluvia de algodón caía sin cesar, formando una manta blanca sobre el suelo, que permanecería allí para siempre. Mi alegría tampoco se desvanecería jamás. Iba dando saltos, eufórica, por todas partes. ¿Podría ser mejor? Y sí, era una pregunta retórica.

Me puse a hacer ángeles de nieve, o en este caso, de algodón. Como siempre sueño con ver la nieve, a veces me imagino que estoy en Sierra Nevada o en los Alpes (que es donde vive mi abuela) y me pongo a revolcarme por los suelos, hasta que llega mi madre y grita, como siempre:

“¡Levántate ahora mismo, que te vas a manchar!”

Sin embargo, ahora no estaba mi madre, y de todas formas, era imposible que me manchara. Estuve un rato correteando como cuando tenía cinco años, haciendo muñecos de nieve, y comiéndome los dulces que me rodeaban. Esto es un sueño, no me van a salir caries ni nada. Lo pasé de maravilla.

Resulta que en mi mundo imaginario también existe el anochecer. Sabía que en algún momento tendría que despertarme de mi increíble sueño y escapar de este mundo al que seguramente jamás regresaría, pero hasta entonces.....

Cada vez todo estaba más oscuro, aunque eso no era lo que me preocupaba realmente. Yo no le tengo miedo a la oscuridad. En realidad, no le tengo miedo a nada. A ver, teniendo en cuenta, que tengo pesadillas todas las noches, una se acaba acostumbrando a lo terrorífico. Lo que me tenía dándole vueltas a la cabeza era dónde iba a dormir hasta que me despertara de este sueño (aunque, a decir verdad, no me apetecía en absoluto).

Mientras caminaba, buscando un refugio, no pude evitar reflexionar sobre cómo la mente puede llevarte a lugares impresionantes sin haber dado una previa orden. Me había alejado al instante del miedo que me llevaba atormentando toda mi vida, y me había traído a un lugar en el que habitaban mis mayores y más preciados recuerdos y deseos. Me había hecho ver que había algo más allá del terror y la desgracia. Yo misma me había enseñado que hasta los pensamientos más remotos pueden hacerse realidad ante tus ojos si lo deseas con fuerza.

Sabía que pronto iba a despertar, así que me prometí a mí misma jamás olvidar todo esto que había presenciado, y que me había provocado a sacar mi primera sonrisa al exterior. Y eran: mi adorada ciudad de papel, mi fantástico bosque de dulces y, por último, pero más importante de todo; la lluvia de algodón.